

CAPÍTULO SEIS

MEMORIA E HISTORIA RECIENTE EN EL CURRÍCULO

¿Memoria o memorias?

Alejandro Hernández Neira¹

*La lucha de la memoria contra el olvido
es la lucha del hombre contra el poder
Milán Kundera*

En las dos últimas décadas del siglo XX en Colombia se está visibilizando un latente interés en los círculos académicos, gubernamentales y organizaciones sociales por el uso y el papel de la memoria, como una reacción a los intentos fallidos de los procesos de paz con grupos armados insurgentes y/o paramilitares, las desmovilizaciones inconclusas, el incremento de la corrupción política, los efectos del narcotráfico, el desplazamiento forzado a poblaciones campesinas, las movilizaciones indígenas, el terrorismo de Estado y diversas manifestaciones de carácter cultural entre otras.

Al hablar de memoria se hace necesario anotar cómo ésta se ha configurado, es decir, mostrar las fuerzas que la han hecho posible; es así que cuando se hace referencia a la memoria no siempre se está hablando de lo mismo, planteándose cosas diferentes e, incluso, contradictorias con relación a este término.

¹ Profesor Colegio El Japón. Correo electrónico: desheredado18@hotmail.com

Una acepción de la memoria emerge a finales de los noventa, al examinar aquellos hechos donde se vulneran los derechos humanos, la integridad de grupos humanos minoritarios, de los cuales, en algunos casos, ha participado el Estado. Se está hablando de una memoria traumática, que es sentida como un peso doloroso de un pasado cercano sobre el presente.

Paul Ricoeur (2006) propone una memoria reconciliada, nombrada en relación con el perdón, que conduce a la necesidad de una política de la “justa memoria”, frente a la creciente influencia de las conmemoraciones forzadas que imponen el recuerdo, las manipulaciones, los abusos a la que se ve sometida la memoria y los simétricos abusos por parte de las ideologías que imponen el olvido. Ricoeur hace referencia a un “olvido feliz”, o la reconciliación que se puede desarrollar con una población como Colombia con grandes traumas colectivos en su historia.

En otra vía, Maurice Halbwachs (1997) al hablar de memoria hace referencia a unos marcos sociales de la memoria, es decir, a las condiciones sociales de evocación de los recuerdos y su organización social, relacionados con la familia, la religión o las clases sociales y de carácter más general el espacio, el tiempo y el lenguaje. Este autor se cuestiona si la memoria es una actividad del individuo o una actividad social, que parte de unos recuerdos individuales o colectivos. Es así como este intelectual distingue la viva diferenciación entre la historia y la memoria colectiva.

Con base en lo anterior podría afirmarse que la memoria no se conserva sino que es construida a partir del presente; por lo tanto, la memoria aunque es personal siempre es socialmente determinada. Es así como la memoria no es sólo una función psicológica individual sino que es algo que no se puede separar de lo social, adquiriendo una función social que conduce a mitificar el pasado y a ser usada para justificar representaciones del presente.

Para Halbwachs (1968: 166-167) Historia y Memoria Colectiva son dos registros del pasado que si se enfrentan, suelen oponerse a veces radicalmente en función de su condición. Así, afirmar que pueda existir algo como una “memoria histórica” le parece *una contradictio in terminis* ya que dicha expresión “asocia dos términos que se oponen desde todo punto de vista”.

En realidad, afirma Halbwachs (1968: 68), habría que admitir que más bien la Historia, en tanto que registro del pasado, “no comienza sino donde termina la tradición, es decir, allí donde se extingue o se descompone la memoria social”. Por ello intentar vincular ambos registros le parece un cierto desatino, como también pretender que la Historia sustituya a la Memoria Colectiva cuando aquélla no es sino un factor más de ésta.

Por un lado la Memoria Colectiva es “una corriente de pensamiento continuo, de una continuidad que no tienen nada de artificial, ya que no retiene del pasado sino lo que todavía está vivo o es capaz de permanecer vivo en la conciencia del grupo que la mantiene”, mientras que la Historia “se ubica fuera de los grupos, por debajo o por encima de ellos”, obedeciendo a “una necesidad didáctica de esquematización” (Halbwachs, 1970: 70-71). Así, “en el desarrollo continuo de la memoria colectiva, no hay líneas de separación netamente trazadas como en la Historia, sino más bien límites irregulares e inciertos”, de tal manera que “el presente no se opone al pasado como se distinguen dos periodos históricos próximos” (*Ibíd.*).

Pero, además, la existencia de diferentes grupos en el seno de las sociedades da lugar a diversas Memorias colectivas, mientras que la Historia pretende presentarse como la memoria universal del género humano, o, al menos, como la memoria de una parte del género humano, frecuentemente parcelado en estados. Así, frente al carácter universal espacio-temporal de la Historia, cada memoria colectiva se asienta sobre un grupo limitado en el espacio y en el tiempo. Confundir ambos registros y no delimitar las pretensiones genera un cierto desprecio por parte de grupos sociales determinados respecto de la Historia y, por otro lado, alimenta la incompreensión de la Historia ante algunos episodios.

En otra acepción sobre la memoria se plantea el desarrollo de una ontología de los símbolos nacionales, a partir de la revisión de sus elementos aglutinadores. En ella se busca entender cómo se ubicaron ciertos “monumentos” -entendidos como construcciones arquitectónicas con un sentido histórico, personajes, lugares, objetos, etc.- en el imaginario nacional, o cómo se crearon los mitos y como fue su recepción al interior de la sociedad. No tratando la historia de aquellos “monumentos” como tal sino la historia de la memoria de esos monumentos y de sus usos políticos. Bajo esta línea Pierre Nora (1997:32) toma la memoria como aquella instrumentalización del pasado en el presente; es decir el uso que se puede hacer del pasado con fines políticos. Al oponer la memoria y la historia, Nora habla de la memoria como narración mítica del pasado y de la Historia como aquella narración crítica distanciada del pasado. Vincula así la memoria a la herencia y el poder, mientras que ubica la Historia elaborada por los historiadores tan sólo con los procesos del conocimiento.

En los trabajos del historiador francés Pierre Nora, a principios de los años ochenta, se plantea una nueva forma de narrar la historia, estableciendo una línea divisoria entre memoria e historia, que se entrecruzan en una inmediatez o fluidez de un mundo moderno. Expresando que la mejor manera de transmitir la historia es a partir del presente, que se interesa por los “orígenes”

de ese tiempo presente desde diversas perspectivas, que no sólo atañe a lo político sino que, en un sentido más amplio, permite estar abiertos a los comportamientos y las representaciones de discursos ya sean de reconciliación, reconocimiento, reivindicación de derechos o identidades de grupos minoritarios.

Con Nora la memoria y la historia funcionan entre registros radicalmente diferentes. Aun cuando es evidente que ambas tienen relaciones estrechas, las dos trabajan sobre la misma materia, el pasado y el presente, pero desde reglas específicas que las enfrentan y ponen en situaciones de crítica recíproca. Para Nora la memoria no es el recuerdo de un pasado vivido o imaginado, pues siempre es embestida por grupos de seres vivos que experimentaron los hechos o creen haberlo hecho. Por naturaleza la memoria es afectiva, emotiva, abierta a todas las transformaciones, inconsciente de sus sucesivos giros, vulnerable a toda manipulación, susceptible de permanecer latente durante largos períodos y de bruscos despertares. Se llega entonces a tomar la memoria como una rememoración, no resurrección ni reconstrucción, ni aun representación, no llegando tan sólo al recuerdo sino a la economía y la administración del pasado en el presente. Por lo tanto, la memoria es un fenómeno colectivo, que depende en gran parte de lo mágico y sólo acepta informaciones que le conviene, puesto que va demasiado rápido y en sí divide.

A comienzos del siglo XX la historia en Colombia se configuró a partir de unas fuerzas que en la mayoría de ocasiones condujeron a un uso de la memoria desde las miradas y los registros oficiales, dando paso a una ciencia social que daría las bases para la construcción del Estado nacional. Es así como la historia pasa por un doble juego: primero, como proyecto pedagógico al servicio de la nación y, luego, en emergencia, como proyecto científico al servicio de la sociedad. Se constituye así como una construcción siempre problemática e incompleta de aquello que ha dejado de existir, pero que dejó un rastro. La historia se toma entonces como una operación puramente intelectual, laica, que exige un análisis del discurso crítico. Es así como la historia tan sólo permanece y aglutina.

Hoy en día se ha abandonado aquella conciencia colectiva nacional en beneficio de las reivindicaciones de la memoria, y se ha desarrollado un cambio en la naturaleza misma del trabajo del historiador. Los historiadores depositarios de la memoria colectiva, que antes jugaban con el monopolio de la interpretación, ahora se han desplazado hacia una *actitud científica*, crítica de la historia y su labor; al mismo tiempo apareció la influencia de una vida mediática que contribuyó a formar una memoria colectiva, a democratizar la historia, es decir, hacerla vivir.

A tono con esto último, Georges Perche (2008: 52) afirma cómo los hechos y objetos significativos en realidad son aquellos que ocurren cada día y re-

tornan cada día: lo trivial, lo cotidiano, lo evidente, lo común, lo ordinario, lo extraordinario, el ruido de fondo, lo habitual. Por lo que se hace necesario interrogar a lo cotidiano, para no olvidarlo y evitar permanecer anestesiados ante lo que nos rodea, “dormimos nuestra vida en un letargo sin sueños”. Es necesario seguir la invitación que hace Perche sobre la necesidad de abrir aún más los ojos para pretender ampliar las miradas, no cayendo en el letargo que nos instrumentaliza condicionándonos a ver lo acontecido de manera natural. Por lo tanto, los conflictos y las problemáticas que ha vivido Colombia en las últimas décadas del siglo XX han contribuido, en gran medida, a democratizar la memoria, es decir, hacerla vivir. En algunas aulas y academias se ha comenzado a sentir que lo que vivían era la historia, contrariamente a aquellas posiciones mesiánicas y tradicionales de una historia de bronce, que enfocaba la historia, en la escuela, como instrumento formador de conciencia cívica y nacional, y como aquella disciplina prioritaria que hacía de los niños en las escuelas unos “auténticos colombianos”, cumpliendo así su papel capital, es decir, reprimir las memorias, limitando sus acciones a la familia, al ejercicio privado.

Con la historia “tradicional”, un niño era un niño diferente a otro fuera de la escuela; él podía ser nieto o hijo de alguno de los 124 políticos de la oposición desaparecidos o asesinados en el territorio nacional en la década del 80, hijo de un campesino o campesina que fueron desollados vivos por algún grupo paramilitar en la masacre del Aro (1997), nacional o extranjero liberado por el CTI recientemente.

Pero cuando estaba en la escuela era tan sólo un pequeño colombiano como cualquier otro, que recitaba alguna estrofa del himno nacional, exaltando el mito que hace referencia a la traducción de los Derechos del Hombre realizada por don Antonio Nariño o el acto heroico que nuestros historiadores atribuyen a Antonio Ricaurte en el combate de San Mateo. Lugar –la escuela– y actividad –tarea– donde no se debía ni podía ponerse en duda los hechos narrados tradicionalmente por la historia oficial.

Ahora, se observa cómo en la sociedad aparece un nuevo rumbo donde el testigo toma importancia, transformándose en quien conserva la memoria viva para hablar del drama, la violación de derechos, las injusticias o la cotidianidad, tomando así un valor histórico.

La preocupación que está emergiendo hoy en Colombia por la memoria es un fenómeno histórico, en el sentido de que tal preocupación no es constante en el tiempo. Han existido momentos en los que nuestra sociedad recuerda y hay momentos en los que le es necesario olvidar. Al parecer la Colombia de hoy se encuentra en un momento de recordar.

Por lo tanto, estas ansias por la memoria se están expresado a partir de políticas gubernamentales; por ejemplo, a través de dispositivos que buscan resignificar la memoria y que se enmarcan en proyectos que giran alrededor de directrices de índole pedagógico, musicales, artísticos, escénicos, visuales, literarios, museográficos, de turismo cultural, imagen en movimiento, de agendas internacionales, entre otras. En esos términos, y en estos momentos bicentenaristas, las conmemoraciones son tomadas como celebraciones de la memoria de un país de regiones, donde conviven modos de vida diferentes y expresiones simbólicas diversas que se enmarcan en la cultura.

Aun así, en la escuela se continua con la imposición soterrada de una historia que está acompañada de procesos que utiliza el disciplinamiento de la memoria social, el cual es ejecutado por medio del uso de la historia heroica y de unas representaciones simbólicas de la misma, aplicada desde políticas gubernamentales, que utilizan como instrumentos eficaces la escuela, la *mass media*, el uso público de la historia y la elaboración de un ritual simbólico repetitivo que influye paulatinamente en el imaginario colectivo de la sociedad. Es así como se construye y consolida aquella mirada plural de los procesos históricos nacionales, ultimando y legitimando hechos y fechas como fundacionales, sin que ello de pie a que se generen, aun hoy, planteamientos reales de una transformación significativa de la memoria del país, la cual pareciese que sigue siendo impuesta políticamente.

En este despliegue simbólico y pedagógico, en el ámbito público y de las escuelas, se ha instrumentalizado, en los últimos 50 años, la enseñanza de las ciencias sociales, intentando superar hoy la exclusión y el centralismo de las celebraciones y, al mismo tiempo, se ha trabajado en desarrollar un debate que brinde oportunidades para discutir en profundidad el papel que ha desempeñado la exaltación de estas fechas-hechos históricos en la construcción de una memoria e identidad nacional en líneas contestatarias que permitan renovar la visión de la historia en la escuela y la sociedad.

Bibliografía

- Halbwachs, M. (1997). *Memoria Colectiva y Memoria Histórica*, "Le mémoire collective", (cap. II), traducción: Amparo Lásen Díaz. Paris: Press Universitaires de France.
- Nora, P. (2007). *Pierre Nora en Les Lieux de Mémoire*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- Perche, G. (2008). *Lo "infraordinario"*. Editorial Impedimenta.
- Ricoeur, P. (2006). *La Memoria, la Historia y el Olvido*. Paris: Fondo de Cultura Económica.